

—En seguida, en seguida,— exclamó el anciano, marchó, volvió con la fotografía y se la entregó. El pobre soldado parecia estar fuera de sí, y mirábanlo enternecidos todos los demás.

Despidióse pronunciando algunas palabras sueltas y sin sentido. Bajó rápidamente la escalera, cruzó el jardín, llegó á la puerta, se detuvo, se volvió para dar el último adiós á aquella casa bendecida, y vió... á toda la familia asomada á las ventanas, que lo miraba y lo saludaba con la mano, gritando:— ¡Buen viaje, adios, adios!

Permaneció un momento inmóvil, como ahogado por la emocion; despues se repuso, buscó una manera de responder á aquella última é inesperada salutación, pensó, pensó...

— ¡Ah! gritó luégo con trasporte de júbilo; metió la mano en la faldriquera, sacó el retrato; lo enseñó extendiendo el brazo, lo besó tres veces y echó á correr.

— ¿Y bien, hermana?— preguntó el amo de casa sonriendo, pero con la voz insegura.

La hermana sacó del bolsillo el pañuelo.

— Lo habria jurado; exclamó el viejo golpeándose con el puño la palma de la mano.



## UNA PEDRADA.

**P**RINCIPIABA á oscurecer; todas las calles de la ciudad hormigueaban de gente; las tiendas que por la noche suelen quedar abiertas, estaban ya casi todas cerradas, y las demás se iban cerrando una tras otra. Acá y allá, en las plazuelas, en las enrucijadas de las calles, á la puerta de los cafés, en las gradas de las iglesias, habia grupos de hombres y muchachos, que hablaban en voz baja, volviéndose de vez en cuando para ver si algun rostro sospechoso atendia á la conversacion. A cada momento salia gente de las casas, deteníase un momento en el umbral, miraba á un lado y á otro, como incierta de la direccion que debia de tomar, y despues se mezclaba perdiéndose en la muchedumbre.



Era un movimiento insólito, un ruido extraño; pero en aquel rumor de la multitud, aunque más fuerte y más continuado que de ordinario, se advertía no sé qué de sumiso y aún respetuoso. De cuando en cuando un grupo de hombres cruzaba la calle con paso apresurado, y detrás de ellos una larga cola de muchachos, que se abrían paso por entre las piernas de la gente mayor á empujones y puñetazos, dando gritos y agudos silbidos. A cada voz que se oía de un modo algo distinto entre el general rumor, muchos se detenían y volvían atrás, preguntando qué era, y era uno que había dicho una palabra más alta que otra y nada más. Luégo que la gente lo miraba por unos segundos, y él miraba á la gente, cada cual seguía su camino. De allí á un momento, sonaba un ruidoso golpe y todos se volvían hácia aquel lado.—¿Qué es, qué pasa, qué ha sucedido?—Un tendero que había cerrado la puerta de la tienda. Los carruajes andaban poco á poco, y los cocheros rogaban que se apartase la gente con extraña sonrisa de amabilidad y con ademanes extraordinariamente corteses. En las esquinas, á la luz de los faroles, veíanse los pobres vendedores de periódicos, acometidos á la vez por cinco, siete, diez personas, que poniéndoles la moneda en la mano, atrapaban con la otra el papel, y retirándose aparte, lo desplegaban afanosos y recorrían las columnas con ávidos ojos, buscando

alguna noticia gorda. Los transeúntes se detenían y formaban corro alrededor del dueño del periódico. Este leía en voz baja, y escuchaban atentos los otros.

De improviso se ve correr toda la gente á la entrada de una calle. Se reúne allí una multitud tumultuosa; oyesse una ruidosa gritería; sobre las cabezas se ven cuatro ó cinco fusiles que oscilan y resplandecen. Se oye un estallido de aplausos, se pone en movimiento el apretado grupo, se abre por una parte, salen con paso precipitado cuatro ó cinco figuras siniestras, con un fusil en la mano cada una, miran alrededor con aire triunfal, métense por el callejon que primero encuentran y echan á correr. Un enjambre de chiquillos les sigue silbando y aullando.—¿Qué ha sido? ¿qué ha pasado?—Nada, nada, han desarmado á una patrulla de milicia nacional.—A los pocos momentos la muchedumbre se abre por otra parte, y salen del grupo cuatro ó cinco desgraciados con el rostro pálido, la cabeza descubierta, los cabellos desgreñados; levántase alrededor de ellos un murmullo de compasión, algunas personas benévolas los toman del brazo, los conduce fuera del tumulto, y los acompañan á su casa, infundiéndoles ánimo con ademanes y palabras.

Entre tanto se eleva entre la multitud un gran estrépito, y reina por todas partes convulsiva



agitacion.— ¡Paso, paso!— gritan de una parte de la calle. Todos se vuelven hácia aquel lado.— ¿Quién es? ¿quién es? ¿quién viene?— ¡Paso, paso! La turba se aclara, se separa, se agrupa y se aprieta á ambos lados de la calle, y pasa por ella una compañía de cazadores á paso ligero. Una retaguardia de chiquillos la sigue corriendo. La multitud vuelve á llenar la calle y á juntarse y apretarse.

De repente, surge en otro punto un rumor confuso de muchas voces indignadas y amenazantes; la gente corre y se amotina en aquel sitio, sobre las cabezas se ven dos ó tres veces aparecer y desaparecer dos tricornios de guardia civil; despues se oye una salva de aplausos. La multitud se divide, sale corriendo un hombre pálido, anhelante, destrozado; la gente le abre paso; ya desapareció.— ¡Y querían atarlo! murmuran algunos con acento de satisfaccion; pero no lo han conseguido. Se ha puesto por medio gente de buenos puños. Vamos á ver cosas grandes y gordas.— La multitud camina lentamente en una misma direccion; pero de pronto la gente que va delante se detiene; la que va detrás se le echa encima; aquella retrocede algunos pasos; esta es empujada atrás violentamente. Despues, aprieta hácia adelante, y luego retrocede otra vez, produciendo confusion inexplicable.— ¿Qué es, qué es eso? ¿qué es lo que impide seguir adelante?—

¡Adelante, adelante!— Oh, sí, es muy fácil decir adelante; es nada ménos que una compañía de tropa, con la bayoneta calada, que cierra el paso.— Gritos, silbidos, juramentos, imprecaciones, blasfemias, ¡mueran los esbirros! ¡abajo esos fusiles! ¡paso libre! ¡fuera de ahí!; y en un momento la turba multa vuelve la espalda á los soldados, comienza una fuga precipitada, dejando el suelo cubierto, no de muertos y heridos, sino de gente atropellada ó caída, é invade las vías laterales, los cafés, los patios y vestíbulos de las casas inmediatas.

¿Qué habia pasado? La tropa habia preparado las armas.

— ¡Paso, paso! gritan por otra parte. Por una de las callejuelas laterales se oye ruido de caballos, un escuadron que se acerca. Ya se ven resplandecer los primeros cascos; ya desembocan los primeros caballos; ya está en la calle todo el escuadron. La multitud se precipita á derecha é izquierda contra las paredes de las casas. Pasa el escuadron; silencio general. Cuando ya casi habia pasado, se oye acá y allá alguna voz, algun silbido. Cuando ya ha pasado del todo, gritos, improperios, aullidos y una lluvia de tronchos de col, cortezas de melon y otros proyectiles del mercado contiguo, que caen sobre los últimos caballos. El escuadron se detiene; los últimos caballos dan media vuelta; la turba enseña las



espaldas y despeja las calles, alejándose más de cien metros.

En la encrucijada más próxima oíese al mismo tiempo una confusión de rabiosos gritos, un ruido alarmante de palos, una queja agudísima, un lamento ronco y despues un largo murmullo, y despues un silencio pavoroso.—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sido?—Nada, nada; no se trata más que de cuatro dedos de navaja, que le han metido por la espalda á un agente de orden público.—El gentío se retira á derecha é izquierda, y un guardia con la cabeza descubierta, cruza la calle bamboleándose como un beodo.—¿Qué tiene? ¿qué le han hecho?—Nada, nada; no le han dado más que un par de bastonazos en la cabeza.—¡A la plaza, á la plaza!—grita de pronto una voz estentórea;—¡A la plaza!—responden de todas partes; y la multitud inunda bulliciosa la calle más inmediata, y se dirige hácia la plaza.

\*  
\* \* \*

Sucedía todo esto, no hace muchos años, en una de las principales ciudades de Italia, miéntras por una de las calles cercanas al centro del alboroto, pasaba un piquete de ocho soldados, un cabo y un sargento de infantería de línea, para

mudar la guardia de un edificio público, en una próxima plazuela. El piquete iba hácia su destino á paso lento, y los soldados miraban con curiosidad á un lado y otro. Precisamente, en aquella calle parecia más viva la efervescencia de los ánimos, y más fiero y decidido el aspecto de las gentes.

La patrulla pasó junto á un grupo de esos siniestros personajes que solamente salen á luz en noches como aquella, los que con torva faz y encendidas facciones, hablaban clamorosamente, en medio de un círculo de muchachones, á los cuales rodeaba otro círculo de muchachines. Uno de los del grupo ve la patrulla, se vuelve hácia ella, y señalando con el dedo á los soldados, dice á media voz:—Miradlos allí.—Todo el grupo se vuelve hácia aquella parte, y uno tras otro, alzando gradualmente la voz, comienzan á decir:—Sí, esos son, los que siempre aparecen cuando el pueblo quiere hacer valer sus derechos. Ellos no conocen más derechos que las culatas de los fusiles. Las bayonetas siempre sirven para horadar la panza á los que se mueren de hambre.—Como ellos tienen siempre el rancho listo ¿qué les importa que mueran de hambre los demás? Para los que gritan, tienen la cartuchera llena de cartuchos.

Los soldados se alejaban sin volverse. El grupo se movió y precedido de una vanguardia de mu-



chachos los siguió, alcanzólos pronto y fué detrás de ellos picándoles la retaguardia. Los soldados seguían su paso sin volver la cabeza. Uno de los del grupo comienza á toser, otro estornuda, un tercero tose más fuerte, un cuarto escupe con violencia, dirigiéndose hácia la patrulla, y arroja una burlona carcajada. Los demás aplauden. Los muchachos silban, chillan, é instigados y sostenidos por los mayores, se van aproximando poco á poco á los soldados. Estos siguen su camino, aparentando no notar nada. Los otros se les acercan entónces, y caminan al lado de los soldados, mirándolos con aire de mofa. Uno de ellos comienza á imitar groseramente el paso de instrucción, gritando con voz nasal:—Uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro;—otro se pone á remedar el paso fatigado de los soldados que caminan bajo el peso de la mochila; un tercero, metiéndose entre las piernas de los que van detrás de la patrulla, coge por los faldones el capote del cabo, tira y echa á correr. El cabo se vuelve y levanta la mano en actitud de darle un mojicon.

—¡Eh! ¡eh! gritan en torno, ¿qué es lo que hace? ¿No le da vergüenza de pegar á un muchacho? Pasó ya el tiempo de los austriacos: ¡pobre chico! pruebe otra vez á levantar la mano.

Uno de los soldados, al oír aquellas palabras, se mordió un dedo suspirando de rabia, y en

aquel mismo momento sintió que le daban un puñetazo en la mochila. Subiósele la sangre á la cabeza, se volvió, extendió el brazo y dió un empujón al insolente muchacho que le golpeará, tirándolo atrás algunos pasos.

—¡Cómo se entiende! prorumpió la turba amenazando. Mirad, ¡los esbirros! ¡son peores que los austriacos, peores, peores!... ¡La que se va á armar!... Ya la pagaréis, perros malditos, esbirros, ¡peores que los austriacos! ¡Qué vergüenza! ¡pegar á un muchacho inerme!...

Y los chicos, envalentonadas por el apoyo de aquella gentuza, atrevíanse ya á meter la cabeza entre los soldados, diciéndoles con voz ronca y ofensiva:—¡Bárbaros! ¡esbirros! ¡traidores!

Y la gente seguía detrás diciendo:—¡Qué vergüenza! ¡pegar á un muchacho!

—¡Villanos!—decía entre sí mientras tanto el pobre soldado, mordiéndose los labios con tal fuerza, que saltaba la sangre.—¡Villanos! ¿un muchacho inerme, eh? Pero ¿no sabéis que hay palabras que hacen salir al hombre de sus casillas? ¿Esbirro á mí?... ¿Austriaco á mí?—Y se mordía otra vez los dedos, moviendo la cabeza en actitud desesperada.

—A los pocos minutos el reten, seguido siempre de aquella gente, llegaba á la plazuela y entraba en el cuerpo de guardia, un cuartucho bajo y desmantelado, que apenas iluminaba un turbio

CARILLAS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. N. V. N.







¿Os he hecho algun mal? No, no os he hecho nada. ¿Es porque he dado un puñetazo á aquel chico? ¿Por qué vino á insultarme? ¿Quién le había provocado? ¿Y quién os había congregado á vosotros? ¿Qué quereis de mí? Yo no he ofendido á nadie ni tan siquiera os conozco. Soy un pobre soldado, cumplo mi deber, y estoy aquí porque me lo mandan. Sí, sí, silbadme, insultadme; está muy bien, os honra mucho tratar á vuestros soldados de esa manera... como si fuesen bandidos, como si...

En aquel momento, un troncho de col, lanzado con gran violencia, vino, rasante al suelo, á caer á los piés del centinela.—¡Santo Dios!—exclamó desesperado, cubriéndose el rostro con una mano y doblando la frente sobre la otra que tenía apoyada en la boca del fusil,—se me va la cabeza.—No puedo aguantar mas... ¿Será inútil, pues, añadió con voz sofocada y temblorosa, será inútil que nos hagan llevar estas...?—Y dió un fuerte manoton sobre las dos medallas que ostentaba en el pecho, haciéndolas chocar entre sí y sonar.—¿Será inútil que nos den estas medallas por haber hecho la guerra en defensa de la patria puesto que despues nos arrojan al rostro puntas de cigarro y tronchos de col? ¿Es que quereis que abandone mi sitio? ¿Es que quereis que falte á la consigna? Aunque fuéseis cincuenta, aunque fuéseis ciento, no me haríais mover

de aquí. Venid á atacarme todos juntos, si quereis: me matareis como un perro, pero al primero que venga, yo le prometo una bala en el corazon, y á los dos que sigan, á dos por lo menos un bayonetazo en el vientre. ¡Venid, acercaos, cobardes! No insulteis de lejos. Sí, sí, yo os comprendo: es inútil que me provoqueis desde ahí, ya sé que llevais la navaja en la faldriquera; pero no sois hombres para venir á darme un navajazo de frente... Quereis herir por detrás, á la sombra...

Diciendo esto entre sí, rompió en un agudísimo grito, dejó caer el fusil, llevó ambas manos al rostro, vaciló y cayó junto á la garita. Habia recibido una fuerte pedrada en la frente.

Todos los soldados acuden. La turba se dispersa y desaparece. El herido es trasportado al cuerpo de guardia con el rostro, las manos y la ropa ensangrentados. Le lavan la herida en el acto, le vendan la frente, le ofrecen de beber y le preparan una mala cama sobre un banco, con las mantas de sus camaradas. Miéntras todos le rodean y lo agobian con preguntas y palabras de consuelo, y el sargento lo reprende porque no ha pedido auxilio, al ver que se insolentaba aquella chusma, entra de improviso un oficial, y detrás de él las primeras filas de un peloton de soldados, y al mismo tiempo, empujado por un vigoroso empellon, cae en medio de aquella estancia

CARILLAS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 V. N.



un hombre con el rostro lívido de terror, los cabellos desgreñados y el traje súcio y desgarrado. Habíanlo detenido en aquella misma plazuela los soldados del peloton que acababa de llegar, habiendo opuesto él una resistencia desesperada.

Al ver al prisionero, el soldado herido levantóse presuroso del banco donde estaba echado, dió un salto hácia él, se le puso delante cara á cara, lo contempló un instante con los ojos encendidos, arrojó un grito, dió un paso atrás, y apoyándose enérgicamente sobre el pié derecho, y levantando la mano izquierda con el índice extendido hácia el rostro de aquel miserable, que lo miraba espantado:—¡Eres tú! prorumpió con una voz terrible que le heló la sangre. ¡Eres tú! ¡Te reconozco! tú eres el que me llamabas *esbirro* en la calle; tú eres el que en la plaza me has abierto la cabeza de una pedrada. ¡Esbirro á mí! ¡A un soldado! ¡Ah!...—Echósele encima, lo cogió por el cuello, lo aseguró contra la pared, levantó el puño cerrado, feroz y convulso, le apuntó á la cabeza con ojo siniestro y ensangrentado... Todo esto fué un relámpago. Los que estaban más cerca se interpusieron y los separaron; dos soldados cogieron por los brazos y detuvieron al herido; un cabo apartó á aquel otro desdichado, que estaba á punto de caer, y ambos permanecieron un rato mirándose con ojos estupefactos y amenazadores. El uno,

pálido como la cera, con los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre uno de los hombros. El otro con el semblante erguido y purpúreo, los puños cerrados y todo su cuerpo agitado por un continuo estremecimiento de ira. Entre tanto, una multitud de curiosos se había reunido á la puerta del cuerpo de guardia.

Asombrado miraba el oficial á unos y otros, y preguntaba con la mirada y el ademán al sargento y al cabo la razon de lo ocurrido. El sargento, en medio de un silencio general, refirió todo lo que sabia. El oficial escuchó atento, reflexionó un instante, paseó una mirada sobre el tropel de ciudadanos que avanzaron hasta el dintel del cuerpo de guardia, y despues volviéndose al prisionero como para decir *escuchad*:

—¿Qué harías tú, —le preguntó—á un soldado que te hubiese dado una pedrada en la cabeza?... No tengas miedo, por nuestra parte no se te arrancará un cabello. Los soldados no se vengán, puedes estar seguro. ¿Ves ese que está ahí?—y señaló al soldado herido:—sí ahora sus compañeros arremetiesen contigo y se echaran encima de ti se arrojaría entre ellos para defenderte, á riesgo de recibir otra pedrada. Pero ten presente una cosa, y esto lo digo para todos los que me escuchan—y se dirigió hácia la puerta,—ten presente esta verdad: que hay álguien más malvado, más infame y despreciable que el asesino que salta á la car-



retera y hunde el puñal en el pecho del viajero indefenso: el que tira una pedrada á un soldado y corre á esconderse entre la multitud del público curioso y de la gente pacífica, donde sabe que no pueden penetrar las bayonetas, y despues, si las bayonetas se abren paso... « Estábamos desarmados, » exclaman, « estábamos desarmados, » y cruzan los brazos sobre el pecho, y doblan la frente y se hacen los víctimas. ¡Estábamos desarmados! ¡Mentira!, bien conocéis que hay insultos que llegan al alma, que ofuscan la razon y que, para nosotros, vuestros tronchos de col son lo mismo que mortales puñaladas... Creedlo, para que los soldados vayan valerosamente al encuentro de las balas enemigas, es preciso que marchen á la guerra sin llevar manchado su capote con el lodo que les arrojan sus conciudadanos. El soldado que se acostumbre á los silbidos del pueblo, en las calles ó las plazas, no se acostumbrará á los silbidos de las balas en el campo de batalla... No creáis por eso que os guarde rencor, ni que vuestras ofensas puedan entibiar en su corazon el amor á la patria. Si mañana la patria lo envia á la guerra, irá á ella contento y alegre con las cicatrices de vuestras pedradas en el rostro, y al oír los aplausos y las aclamaciones, olvidará los silbidos del dia anterior y estrechará las manos que le han maltratado. Pero, pensad que ese soldado que pone su pecho entre

vosotros y vuestros enemigos, que corre á vuestra cabecera en los dias de epidemia, que apaga el incendio de vuestra casa, que vigila por la noche los caminos para defender vuestras tierras y vuestras familias, de ladrones y asesinos, pensad que ese soldado no tiene más que un consuelo, una recompensa de tantas fatigas, de tantos peligros, de tantos sacrificios, y esa recompensa es la estimacion y el afecto de sus conciudadanos... ¡Ay, si se lo quitais! Las fatigas serán para él insoportables, los peligros le asustarán, la virtud del sacrificio encontrará su corazon cerrado y frio, y entónces... Entónces, pensad que en ese ejército están vuestros hermanos, vuestros amigos, que mañana estareis quizás vosotros mismos, que un dia teneis que mandar á él vuestros hijos.. .Y, basta ya! Ahora levántate, ¡desdichado!

El prisionero habia caido á los piés del oficial.

—Dice bien, es verdad, tiene razon—iban exclamando con acento conmovido las gentes que estaban á la puerta, y que poco á poco habian entrado dentro.

—Levántate—dijo el oficial.

El prisionero se levantó.

—Dispense, señor teniente, dijo uno del pueblo, adelantándose y llevando una mano al pecho; ese hombre debe pedir perdon al soldado á quien ha herido.

Todos asintieron á aquellas palabras.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. V. N. Y.



